

LETRAS ESENCIALES

*Momentos del ser: sobre el movimiento del sol y la marea del océano**

Por VIRGINIA WOOLF **



I. AÚN NO SE HABÍA LEVANTADO EL SOL

El mar era indistinguible del cielo, con la excepción de que el mar tenía unas tenues líneas como un paño con arrugas.

—Veo un anillo —dijo Bernard—, suspendido sobre mí. Tiembla y cuelga en un lazo de luz.

—Veo un rectángulo de color amarillo pálido —dijo Susan—, se extiende a lo lejos hasta reunirse con una cinta morada.

—Oigo un sonido— dijo Rhoda—, chipi, chip; chipi, chip; sube y baja.

—Veo un globo —dijo Neville—, cuelga en una gota sobre las faldas enormes de una colina.

—Veo una borla carmesí —dijo Jinny—, trenzada con hilos de oro.

—Oigo algo que golpea —dijo Louis—. Está encadenado el pie de una bestia enorme. Golpea, golpea, y golpea.

—Mirad la telaraña en la esquina del balcón —dijo Bernard— Tiene cuentas de agua, gotas de luz blanca.

—Se han agolpado las hojas en la ventana semejantes a orejas puntiagudas —dijo Susan.

—Cae una sombra en el camino —dijo Louis—, me parece un codo doblado.

* Elaborado por Pedro Mendoza Lamuño a partir del texto Virginia WOOLF, *Las olas*, ed. de María Lozano, trad. de Dámaso López, Cátedra, Madrid, 2010. Publicado con permiso de la editorial. Se han realizado algunos cambios en el texto teniendo en cuenta el texto original en inglés.

** Virginia Woolf (1882-1941) publicó su novela *The Waves* en 1931.

—Islas de luz nadan sobre la hierba —dijo Susan—. Han caído entre los árboles.

—Siento el frío de las piedras en los pies —dijo Neville—. Las siento por separado, las puntiagudas y las romas.

Me atan las palabras sueltas

—Ardo, tiemblo —dijo Jinny—, fuera de este sol, entro en esta sombra.

—Ya se han ido todos —dijo Louis—. Estoy solo. Han entrado a la casa para desayunar, y me he quedado en pie junto a la pared entre las flores... Las flores nadan como peces de luz sobre las aguas oscuras, verdes. Sujeto un tallo con la mano. Soy el tallo. Mis raíces se hunden en las profundidades del mundo a través de la tierra seca de ladrillo, de tierra húmeda, cruzando los veneros de plomo y plata. Soy todo fibra. Me sacuden todos los temblores, y el peso de la tierra oprime mis costillas. Aquí arriba mis ojos son verdes hojas, sin visión... “¡Louis, Louis, Louis!”, gritan. Pero no pueden verme. Estoy al otro lado del seto. Sólo hay mirillas diminutas entre las hojas... Pero déjame no ser visto. Soy verde como tejo arraigado en la sombra del seto.

—Iba corriendo —dijo Jinny—, después del desayuno. Vi unas hojas que se movían en un agujero en el seto... Lloraba mientras corría, cada vez más aprisa. ¿Qué movía las hojas? ¿qué mueve mi corazón, mis piernas? Y me precipité aquí, viéndote verde, como un arbusto, como una rama, muy quieto, Louis, con tus ojos fijos. “¿Está muerto?”, pensé; y te besé, con el corazón saltando bajo mi vestido rosa como las hojas...

—Por el claro del seto —dijo Susan—, la vi besándolo. Levanté la cabeza del tiesto, y miré por el claro del seto. La vi besándolo. Los vi, Jinny y Louis, besándose. Ahora, envolveré mi agonía dentro de mi pañuelo. Lo estrujaré hasta que sea una pelota... Me llevaré mi angustia y la depositaré sobre las raíces bajo las hayas. La examinaré y tomaré entre mis dedos. No me encontrarán.

—Susan acaba de pasarnos —dijo Bernard—... Iré tras ella con cuidado, para estar cerca, con mi curiosidad, para consolarla cuando estalle su ira y piense: “Estoy sola”.

»Ahora cruza el campo con un movimiento regular, descuidado, para engañarnos. Llega a la cuesta, cree que nadie la ve, echa a correr con los puños cerrados y extendidos... Hay cosas que se agitan, y problemas ahí. Hay melancolía. La luz es caprichosa. Hay angustia aquí. Las raíces componen un esqueleto sobre el suelo, con montones de hojas muertas en los ángulos. Susan ha desplegado su angustia. Yace su pañuelo entre las raíces; y ella solloza, sentada, desplomada, donde se ha caído».

—La vi besándolo —dijo Susan—. Miraba entre las hojas, y la vi. Bailaba moteada de diamantes, brillantes igual que polvo. Y yo soy bajita, Bernard, soy baja. Tengo ojos que miran cerca el suelo y ven insectos entre la hierba.

—Te vi salir —dijo Bernard—. Al pasar ante la puerta de la caseta de herramientas, te oí llorar: “Soy infeliz”... Cuando te oí llorar te seguí y te vi dejar tu pañuelo, arrugado, con su ira, su odio anudados a él. Pero eso terminará pronto. Nuestros cuerpos están cerca ahora. Me oyes respirar. Ves al escarabajo que también consigue llevar una hoja a la espalda. Va hacia allí, luego hacia allá, de manera que mientras lo observas, incluso tu deseo de poseer una sola cosa (ahora se trata de Louis) debe flaquear, semejante a esa luz que se enciende y apaga entre las hojas del haya; y, entonces, las palabras, moviéndose oscuramente, en la profundidad de tu mente, romperán este nudo de dureza, estrujado en tu pañuelo.

—Yo amo —dijo Susan—, y yo odio. Deseo sólo una cosa. Mis ojos son duros. Los ojos de Jinny se deshacen en un millar de luces. Los de Rhoda son iguales a los de esas flores pálidas a las que se acercan las mariposas nocturnas al atardecer. Los tuyos son plenos, y rebosan, pero nunca se quiebran. Pero ya me he determinado a seguir con mi propósito. Veo insectos en la hierba. Aunque mi madre todavía me hace calcetines blancos, y me pone dobladillos en los delanteros, y soy una niña, amo y odio.

—Pero cuando nos sentamos juntos, cerca —dijo Bernard—, nos diluimos el uno en el otro con frases. Estamos acotados por la niebla. Hacemos un territorio insustancial.

—Veo el escarabajo —dijo Susan—. Es negro, lo veo; es verde, lo veo; me atan las palabras sueltas. Pero tú divagas, te escurres; subes cada vez más arriba, con palabras y más palabras en frases.

II. EL SOL SUBIÓ TODAVÍA MÁS

*Olas azules, olas verdes llegaban a la playa
con el movimiento rápido de un abanico, rodeando
la flor del cardo de mar, y dejando charcos de luz
poco profundos aquí y allá sobre la arena.*

Al colegio por primera vez

—Ahora —dijo Bernard—, el momento ha llegado. El día ha llegado... Todos parecen hacer cosas de manera exclusiva para este momento, cosas que nunca volverán a hacer. La urgencia de todo es temible. Todos saben que voy al

colegio, que voy al colegio por primera vez... Debo hacer más y más frases, y así interponer algo duro entre mí y la mirada fija de las doncellas, la mirada de los relojes... las caras indiferentes; o me echaré a llorar. Ahí está Louis, ahí está Neville, con los abrigos largos, llevan bolsas de viaje, están junto al despacho de billetes. Están tranquilos. Pero parecen otros.

—Ahí está Bernard —dijo Louis—. Está tranquilo; confiado. Balancea la bolsa de viaje al caminar. Seguiré a Bernard porque él no tiene miedo. Nos arrastran desde el despacho de billetes hasta el andén, igual que arrastra la corriente ramitas y paja alrededor de los pilares de los puentes... Comienza el muchacho de rojo a disparar contra un faisán. Lo aparta de un empujón el muchacho de azul. “Mi tío es el mejor tirador de Inglaterra. Mi primo es Director de Foxhounds”. Comienzan a fanfarronear. Yo no puedo fanfarronear, porque mi padre es un banquero de Brisbane, y tengo acento australiano.

—Después de todo este bla-bla-bla —dijo Neville—, todos estos tumultos y bla-bla-bla, hemos llegado. Éste, la verdad, es un momento... Éste es verdaderamente un momento solemne. Ése es nuestro fundador, el ilustre fundador, de pie, en el patio, con un pie levantado. Estos austeros claustros están impregnados de un noble aire romano.

—El viejo de Crane —dijo Bernard— se levanta ahora para dirigirse a nosotros. El viejo de Crane, el director, tiene una nariz semejante a una montaña al atardecer, y un hoyito azul en la barbilla, como un barranco arbolado que algún viajero hubiera incendiado, igual que un barranco arbolado visto desde la ventanilla del tren. Titubea levemente, sacando de la boca esas palabras sonoras y tremendas. Me encantan las palabras sonoras y tremendas. Pero sus palabras son demasiado cordiales para ser sinceras. Aunque por ahora él está convencido de su sinceridad... Es la primera noche en la escuela, separados de nuestras hermanas.

Aquí me han robado mi identidad

—Es mi primera noche en la escuela —dijo Susan—, lejos de mi padre, lejos de mi hogar. Mis ojos se hinchan, me escuecen a causa de las lágrimas. No me gusta el olor a pino y linóleo.

—La luz morada del anillo de Miss Lambert —dijo Rhoda— pasa a un lado y otro de la mancha negra sobre la blanca página del devocionario. Es una luz de amor, de color vino. Ahora que hemos deshecho el equipaje en los dormitorios, nos sentamos todas bajo los mapas del mundo entero... Pero aquí no soy nadie. No tengo cara. Esta compañía tan numerosa, todas vestidas de sarga marrón, me ha robado mi identidad.

—Esa mujer morena —dijo Jinny—, con pómulos altos, tiene un vestido brillante, igual que una concha, con nervaduras, para ponerse por las tardes. Es bonito para el verano, pero en invierno me gustaría un vestido ligero con hilos rojos que hicieran contraste y brillaran a la luz del fuego.

Siempre hay un cuento

—Ahora salimos de este frío templo y vamos a los amarillos campos de juego —dijo Louis—. Mira cómo siguen todos a Percival. Es corpulento. Camina con torpeza por el campo, entre la crecida hierba, hacia donde se yerguen los altos olmos. Tiene la grandeza de un capitán medieval... Mi corazón se subleva, lija mi pecho igual que una lima de doble filo: uno de ellos adora su magnificencia; otro desprecia la vulgaridad de su lenguaje —yo, que soy muy superior a él —; y estoy celoso.

—Y ahora —dijo Neville—, que empiece Bernard. Que se desahogue contando historias mientras estamos aquí echados. Que describa todo lo que hemos visto para que se convierta en una secuencia. Bernard dice que siempre hay un cuento. Yo soy un cuento. Louis es un cuento. Tenemos el cuento del limpiabotas, el del tuerto, el de la vendedora de cigarrillos. Que se desahogue con su cuento mientras estoy tendido y contemplo las figuras de rígidas piernas de los protegidos bateadores a través de temblorosa hierba. Parece que todo el mundo temblara y se curvara: sobre la tierra, los árboles; en el cielo, las nubes.

»Pero Bernard sigue hablando. Suben igual que burbujas las imágenes... Sí, porque, cuando habla, cuando hace esas comparaciones tontas, desciende sobre uno una sensación de ligereza... Entonces todos nos damos cuenta de que Percival se ha tumbado entre nosotros... Se siente aburrido, también yo estoy aburrido. Inmediatamente Bernard se da cuenta de que estamos aburridos. Advierto un esfuerzo, una cierta extravagancia en su frase, como si dijese: “¡Cuidado!”, pero Percival dice: “No”. Porque siempre es el primero en detectar la insinceridad; y es extremadamente brutal. Languidece la frase. Sí, el terrible momento en que a Bernard lo abandona el poder ha llegado, y ya no hay secuencia, y se hunde y juega con una cuerda, y se queda en silencio, haciendo pucheros como si fuera a llorar. Es ésta una de las torturas y desgracias de la vida: cuando nuestros amigos no consiguen terminar sus cuentos.

Reconocerse en el espejo

—¿Durante cuántos meses —dijo Susan—, cuántos años, he subido estas escaleras, en el tenebroso invierno y en la helada primavera? En pleno verano estamos ahora.

—Detesto el espejito de las escaleras —dijo Jinny—. Sólo muestra las cabezas, nos decapita. Y mis labios son demasiado largos, y mis ojos están demasiado juntos; se me ven excesivamente las encías al reírme. La cabeza de Susan anula la mía, con su aspecto fiero, con esos ojos, que amarán los poetas, semejantes al verde césped, según dijo Bernard, porque son ojos que caen sobre cuidadosas puntadas blancas. Incluso la cara de Rhoda, soñadora, ausente, está completa, como aquellos pétalos que solía hacer flotar en su vasija. Así que subo las escaleras antes que ellas, hasta el siguiente rellano, donde cuelga el espejo grande, y puedo verme entera. Ahora veo mi cuerpo y cabeza de una vez, porque incluso con el vestido de sarga son uno; cuerpo y cabeza. Mirad cuando muevo la cabeza, todo el cuerpo cimbra, incluso las piernas cimbrean igual que un tallo al viento. No me decido entre la cara hosca de Susan y la vaguedad de Rhoda; salto como una de esas llamas que saltan en las grietas de la tierra; me muevo, bailo; nunca dejo de moverme y bailar.

—Ésa es mi cara —dijo Rhoda—, la del espejo tras el hombro de Susan; esa es mi cara. Pero me agacharé tras ella para esconderla, porque no estoy aquí. No tengo cara. Las caras las tienen otras personas; Susan y Jinny tienen caras, aquí están. Su mundo es el mundo de la verdad. Las cosas que cogen tienen peso. Dicen: “Sí”, dicen: “No”; pero yo me muevo, cambio y desaparezco en un segundo.

Me imagino que soy...

—Comienzo a desear —dijo Louis—, que venga la noche. Mientras estoy aquí con la mano sobre la puerta de roble rugoso de Mr. Wickman, me imagino que soy un amigo de Richelieu, o que soy el Duque de Saint-Simon que ofrece una cajita de rapé al propio rey. Es mi privilegio... Ha sido un día lleno de ignominias y victorias ocultadas por temor a las risas. Soy el mejor alumno de la escuela. Pero cuando llega la oscuridad me libero temporalmente de este cuerpo al que nadie envidia la nariz demasiado grande, los labios finos, el acento de las colonias, y habito en el espacio. Y entonces acompaño a Platón y a Virgilio. Soy entonces el último vástago de una de las grandes casas de Francia. Pero soy también el que se obligará a sí mismo a abandonar estos territorios iluminados por la luna, y batidos por el viento, estos paseos nocturnos, y se enfrentará con las puertas de roble rugoso.

—Quedan horas y más horas —dijo Rhoda—, antes de que pueda apagar la luz, y echarme sobre la cama suspendida por encima del mundo, antes de que pueda decir que ha pasado el día, antes de que pueda hacer crecer el árbol, temblando con sus pabellones verdes sobre mi cabeza. Aquí no puedo permitir que crezca. Me reclaman. Hacen preguntas, interrumpen, lo derriban.

»Me sentaré sobre el tembloroso borde del río y miraré los nenúfares, anchos y brillantes, que iluminaban, con rayos de luna de su propia luz acuosa, el roble que colgaba sobre el seto; haré una guirnalda con las flores y la cogeré y se la regalaré, ¡ay!, ¿a quién? Hay una interrupción en el fluir de mi ser, una corriente profunda se encuentra con el obstáculo, salta, tira, algún nudo en el centro se resiste, ¡Ay, esto es el dolor, la angustia! Me desmayo, cedo. Ahora se disuelve mi cuerpo, me desato, estoy incandescente. Ahora se vierte la corriente en una amplia avenida fertilizante, abriendo lo cerrado, forzando lo atado, inundando libremente. ¿A quién daré todo lo que fluye de mí, de mi cuerpo cálido, poroso? Recogeré las flores y las regalaré, ¡ay!, ¿a quién?

III. SE LEVANTÓ EL SOL

*Caían sobre la orilla lanzas verdes y amarillas,
dorando las cuadernas de la barca carcomida...*

El yo en compañía

—Se vuelve más intensa la complejidad de las cosas —dijo Bernard— aquí, en la universidad, donde son extremas la agitación y la presión de la vida; donde, a diario, se hace más apasionado el interés del simple vivir... Me pregunto, ¿qué soy yo? ¿Esto? No, soy aquello. En especial ahora, cuando acabo de abandonar una habitación, una conversación, y resuenan en las baldosas mis pasos solitarios, y contemplo la salida de la luna, sublimemente, con indiferencia, por encima de la vieja capilla: y entonces veo con claridad que no soy uno y simple, sino complejo y muchos. Bernard, en compañía, burbujea; en privado, es reservado. Eso es lo que no comprenden, porque sin duda están hablando de mí, diciendo que los eludo, que soy evasivo. No comprenden que debo efectuar varias transiciones diferentes, que debo velar las entradas y salidas de varios hombres diferentes que interpretan el papel de Bernard. Soy anormalmente consciente de las circunstancias. Nunca puedo leer un libro en un vagón del tren sin preguntarme, ¿será él un constructor?, ¿es ella infeliz?... Pero tú entiendes, tú, mi yo, quien siempre acude a la llamada (sería una experiencia lacerante llamar y que no acudiera nadie; eso vaciaría la medianoche, y explica la expresión de los ancianos en los clubs; han dejado de llamar a un yo que no acude), tú entiendes que lo que decía esta noche me representa tan solo de forma superficial. Por dentro, en el momento que soy más diverso, también es cuando estoy más integrado.

—En un mundo que contiene el momento presente —dijo Neville—, ¿para qué discriminar? Nada debería tener nombre por temor a que al nombrar cambie-

mos las cosas. Deja que exista, esta orilla, esta belleza, y yo, por un instante, empapado de placer. El sol arde. Veo el río. Veo los árboles moteados y quemados a la luz de otoño. Pasan flotando las barcas, cruzan el rojo, el verde. Tocan a lo lejos unas campanas, pero no a la muerte. Tocan a la vida. Cae una hoja, de alegría. ¡Ah, estoy enamorado de la vida!...Ahora comienza a surgir en mí el ritmo familiar; ahora se levantan las palabras que yacían dormidas, ahora elevan la cresta, van y vienen, van y vienen de nuevo. Soy un poeta, sí. Seguro que soy un gran poeta. El paso de las barcas y de la juventud y árboles en la lejanía, “los surtidores que caen de los árboles colgantes”. Veo todo. Siento todo. Estoy inspirado. Se llenan mis ojos de lágrimas...A veces no me conozco a mí mismo, ni sé medir, nombrar, ni contar los granos que me convierten en lo que soy.

»Algo me abandona ahora, algo se separa de mí para reunirse con la figura que se acerca y me asegura que lo conozco antes de que vea quién es. De qué forma tan curiosa cambia uno mediante la adición, incluso a distancia, de un amigo. Qué oficio tan útil desempeñan los amigos cuando nos recuerdan. Y, sin embargo, qué doloroso ser recordado, mitigado, adulterado el propio yo, mezclado, convertido en parte de otra persona. Al aproximarse me convierto no en mí mismo, sino en Neville mezclado con alguien, ¿con quién?, ¿con Bernard?

Soy las estaciones

—Ahora el viento levanta la persiana —dijo Susan—, las jarras, los vasos, la estera, el decrepito sillón del agujero, todos se vuelven más claros. Las cintas habitualmente descoloridas salpican el papel de la pared. Ha terminado el coro de pájaros, sólo un pájaro canta ahora junto a la ventana del dormitorio. Me pondré las medias, y pasaré tranquilamente las puertas de los dormitorios, atravesaré la cocina y, en el jardín, iré más allá del invernadero, me adentraré en el campo. Todavía es temprano. Las nieblas están en el pantano. Es un día rígido, inflexible, semejante a un sudario de lienzo. Pero se ablandará, entrará en calor.

No se me puede dividir ni mantener en partes separadas...Pero ¿quién soy, apoyada en esta valla mientras veo a mi perro *setter* que da vueltas olfateando? A veces pienso (todavía no he cumplido los veinte) que no soy una mujer, sino la luz que cae en esta valla, en este suelo. Soy, pienso a veces, las estaciones, enero, mayo, noviembre, el barro, la niebla, el amanecer. No se me puede tirar, ni hacer flotar, ni obligarme a tratar con otras personas. Pero ahora, aquí, apoyada hasta que la valla se marque en el brazo, siento el peso que se ha formado en mi costado. Algo se formó, durante la escuela, en Suiza, algo duro. No son suspiros, ni risas, ni frases rotundas o ingeniosas, ni las extrañas comunicaciones de Rhoda cuando mira más allá de nosotros, por encima de nuestro hombros, ni los bailes

de Jinny, toda de una pieza, miembros y cuerpo. Lo que yo doy es más fiero. Yo no sé dejarme llevar gentilmente, no sé tratar con otras personas.

Está empezando la noche

—Qué extraño —dijo Jinny—, que la gente duerma, que apaguen la luz, y suban por las escaleras. Se quiten la ropa, se pongan blancos pijamas. No hay luces en ninguna de estas casas...Nadie viene a esta calle, ni entra nadie, ha terminado el día. En las esquina hay unos pocos policías. Y sin embargo está empezando la noche. Me siento brillar en la oscuridad. Hay seda en mi rodilla. Las medias de seda se rozan suavemente. Sobre el cuello siento las frías piedras de la gargantilla. Me aprietan los zapatos en los pies. Me siento con la espalda rígida para que el pelo no toque el respaldo. Estoy dispuesta, preparada. Ésta es la pausa momentánea, el momento oscuro. Los violinistas han levantado los arcos.

»Ahora el coche detiene su marcha. Se ilumina una franja de la calzada. Se cierra y abre la puerta. Llegan las personas, no hablan, entran aprisa. Luego, el sonido de guadaña que hacen los abrigos al entregarlos en el recibidor. Esto es el preludio, el comienzo. Miro, observo, me maquillo. Todo es exacto, todo está preparado. Tengo el pelo recogido en una onda. El rojo de los labios es el correcto. Ya estoy preparada para unirme a los hombres y mujeres que están en las escaleras, mis iguales. Paso ante ellos, expuesta a sus miradas, como ellos a las mías. Relampaguean las miradas, pero no nos mostramos signos de reconocimiento ni nos ablandamos. Nuestros cuerpos se comunican. Ésta es mi vocación. Éste es mi mundo.

»A ratos soy burlona, alegre, lánguida, melancólica. Estoy arraigada, pero me muevo con facilidad. Toda de oro, moviéndome con facilidad en aquella dirección, le digo a éste: “Ven”. Con un tremolar negro, a aquel otro digo, “no”. Se separa uno de su lugar junto a la vitrina. Se dirige a mí. Éste es el momento más excitante que he vivido. Me estremezco, salen de mí vibraciones, me muevo como una planta a la orilla del río, me muevo con facilidad en una dirección, en otra, pero estoy arraigada para que pueda acercarse a mí. “Ven”, le digo, “ven”. Pálido, de pelo moreno, el que se acerca es melancólico, romántico. Yo soy burlona y locuaz y caprichosa, pero él es melancólico y romántico. Aquí está, se queda en pie junto a mí.

Caen los velos entre nosotros

»Ahora, con un pequeño movimiento, igual que una lapa a la que separan de la roca, me separo, me voy con él, me lleva. Nos rendimos al lento fluir. Entra-

mos y salimos de la música irresuelta. Las rocas rompen la corriente del baile, éste chirría, tiembla. Nos arrastra dentro y fuera esta enorme figura, nos mantiene juntos, no podemos salir de sus paredes perfectamente circulares... Nuestros cuerpos —el suyo, duro; el mío moldeable— son apresados en este cuerpo, nos mantiene juntos; y después, alargándose en pliegues suaves, gráciles, se interpone rodando entre nosotros, una y otra vez. De repente, se interrumpe la música. La sangre sigue circulando, pero el cuerpo permanece quieto. Gira ante mis ojos la habitación. Se detiene.

Vamos, acerquémonos bailando hasta los sillones dorados. Soy una de vosotros. Mi mundo es este. Los velos caen entre nosotros. Se me admite en la cálida intimidad de otra alma. Estamos juntos, en lo alto, en algún puerto alpino. Me agacho. Cojo una flor azul y se la pongo, de puntillas para llegar a él, en la solapa ¡Ya está! Este es mi momento de éxtasis. Ya ha concluido.

Sola, soy la capitana de mi flota

—Me deslizaré tras ellos —dijo Rhoda—, como si viera a alguien a quien no conozco. Pero no conozco a nadie. Moveré la cortina y miraré a la luna. Ráfagas de olvido calmarán mi agitación. Se abre la puerta, salta el tigre. Se abre la puerta, entra aprisa el terror, terror y más terror, persiguiéndome. Visitaré furtivamente los tesoros que he guardado. Al otro lado del mundo hay estanques en los que se reflejan columnas de mármol. Moja el ala la golondrina en estanques oscuros.

»Sola, mezo las palanganas, soy la capitana de mi flota. Pero aquí, enredando con los adornos de las cortinas de brocados en la ventana de mi anfitriona, me rompo en pedazos, ya no soy una. ¿Cuál es, pues, el conocimiento que tiene Jinny al bailar?, ¿cuál la seguridad de Susan, inclinada tranquilamente bajo la lamparilla, pasando el hilo blanco por el ojo de la aguja? Dicen: “Sí”, dicen: “No”, dejan caer de golpe los puños sobre la mesa. Pero yo dudo, tiemblo, veo la acacia silvestre agitar su sombra en el desierto.

IV. EL SOL, EN LO ALTO

*Ya levantado del colchón verde desde el que
lanzaba de reojo una airada mirada a través
de joyas de agua, se desnudó la cara
y miró de frente a las olas.*

La vida se prolonga

Insistimos, al parecer, en seguir viviendo. Luego, de nuevo, desciende la indiferencia. El rugido del tráfico, el paso de las caras indiferenciadas, por aquí y allá, me hacen soñar como si fuera una droga, se borran los rasgos de las caras. La gente podría atravesarme andando. Y, ¿qué es este momento, este día particular en el que estoy atrapado? Podría ser un clamor el gruñido del tráfico: árboles del bosque o el rugido de animales salvajes. Con un suspiro, ha retrocedido una pulgada o dos el carrete del tiempo, se ha cancelado nuestro breve progreso. También creo que, a decir verdad, están desnudos nuestros cuerpos. Sólo estamos ligeramente cubiertos con ropas abotonadas; y bajo estas calzadas hay conchas, huesos y silencio.

»Es, no obstante, cierto que mis sueños, mi progreso titubeante, semejante al de quien llevan debajo de la superficie de una corriente, se interrumpe, se desgarran, lo pinchan, tiran de él sensaciones de curiosidad espontánea e inapropiada, voracidad, deseo, irresponsables como en un sueño. (Deseo aquella bolsa, etc.) No, pero quiero hundirme, visitar el fondo de las profundidades, ejercer de vez en cuando mi prerrogativa de no estar siempre actuando, sino de explorar; de oír sonidos heredados, vagos, de ramas que crujen, de mamuts; de permitirme imposibles deseos de abrazar a todo el mundo con los brazos del entendimiento, lo cual es imposible para quienes están siempre actuando.

»No obstante, cierto es que no puedo negar que para mí se prolonga ahora la vida misteriosamente. ¿Es porque puedo tener hijos, porque puedo arrojar una semilla más allá de esta generación, de esta población condenada que se mezcla en la calle en una competición inacabable? Aquí vendrán mis hijas, en otros veranos; mis hijos pasearán por nuevos campos. De ahí que no seamos gotas de lluvia, pronto secas al sol; hacemos que soplen los jardines y rujan los bosques, salimos de manera diferente para el nunca jamás. Es esto lo que sirve para explicar mi confianza, mi estabilidad central.

Necesito audiencia para ser yo mismo

»Pero, ¡ay! vuelve. No puede una extinguir ese olor persistente. Se desliza a escondidas por alguna fisura de la estructura: la propia identidad. No soy parte de la calle, no, yo observo la calle. Por tanto, se divide uno en dos. Por ejemplo, allí, en aquella calleja, hay una chica esperando, ¿a quién? Un cuento romántico... Eso es, soy un acuñador innato de palabras, un fabricante de pompas que se inspira en una cosa, en otra. Y, al arrancar estas observaciones de manera espontánea, me elaboró a mí mismo, me hago diferente; y, al escuchar la voz que me dice mientras paseo: “¡Mira! ¡Toma nota de eso!”, me veo a mí mismo llamado a proporcionar, cualquier noche de invierno, un significado a todas mis observaciones: una línea que se prolongue en otras líneas, un resumen que complete. Pero pronto se vuelven insípidos los soliloquios en las callejas. Necesito audiencia. Éste es mi fracaso... Para ser yo mismo (observo) necesito la iluminación que proporcionan los ojos de los demás, y, por lo tanto, no puedo estar completamente seguro de ser yo mismo. Los auténticos, Louis, Rhoda, existen en soledad de la forma más completa. Les molesta la iluminación, la reduplicación. Arrojan sus retratos, en el campo, una vez pintados, con la cara hacia abajo. En las palabras de Louis el hielo es abundante. Sus palabras son macizas, condensadas, duraderas.

El territorio sin sol de la no-identidad

»Deseo después de esta somnolencia, brillar, con muchas facetas, en las caras de mis amigos. He estado atravesando el territorio sin sol de la no-identidad. Extraña tierra. He oído en mi momento de apaciguamiento, en mi momento de satisfacción destructora, el suspiro, al entrar, al salir, de la marea que se extiende más allá de este círculo de luz brillante, este tamborilear de furia insensata. He tenido un momento de enorme paz. Quizá sea esto la felicidad. Me devuelven a mí mismo ahora sensaciones punzantes, la curiosidad, la glotonería (tengo hambre), y el deseo irresistible de ser yo mismo. Pienso en las personas con quienes podría hablar: Louis, Neville, Susan, Jinny y Rhoda. Con ellos tengo muchas facetas. Me rescatan de la oscuridad. Gracias al cielo, nos veremos esta noche. Gracias al cielo, no tendré que estar solo. Diremos adiós a Percival, se va a la India. La hora es aún distante, pero ya oigo los heraldos, la escolta a caballo, las figuras de los amigos en ausencia. Veo a Louis, tallado en piedra, escultórico; Neville, afilado como unas tijeras, exacto; Susan, con ojos semejantes a cuentas de vidrio; Jinny, bailando igual que una llama, febril, cálida, sobre tierra seca; y Rhoda, la siempre húmeda ninfa de la fuente. Son estos mis retratos fantásticos, éstas son las quimeras, éstas las visiones de los amigos en ausencia, grotescas,

hinchadas, que se desvanecerán al primer puntapié de una bota de verdad. Pero me tamborilean a la vida... Al instante nacen imágenes. Me avergüenza mi propia fertilidad. Podría describir cada silla, mesa o comensal extensamente, con toda libertad. Mi mente se afana por doquier con un tejido de palabras para cada cosa... ¿Qué soy yo? No hay estabilidad en el mundo. ¿Quién podrá decir qué significado hay en cualquier cosa? ¿Quién puede predecir el vuelo de una palabra? Es un globo que se alza por encima de las copas de los árboles. Hablar del conocimiento es fútil. Todo es experimento y aventura. Siempre nos estamos mezclando con cantidades desconocidas. ¿Cómo será el porvenir? No lo sé. Pero al posar el vaso, recuerdo: me he comprometido en matrimonio. Esta noche cenaré con mis amigos. Yo soy Bernard, soy yo mismo.

—Son las ocho menos cinco —dijo Neville—. He llegado pronto... Ya la sala, con sus puertas batientes, las mesas colmadas de frutas, las raciones de fiambre de carne, tiene el aspecto indeciso, irreal, del lugar en que alguien espera que suceda algo. Vibran las cosas como si no hubiesen llegado a ser todavía. Deslumbra la blancura del mantel. Es oprimente la hostilidad, la indiferencia del resto de los comensales. Nos miramos unos a otros, advertimos que no nos conocemos, nos quedamos mirándonos, apartamos la mirada. Son latigazos esas miradas. Advierto toda la indiferencia y crueldad del mundo en ellas. Si no viniera, no podría soportarlo. Me iría.

Nuestro aislamiento ha concluido

»Se abre la puerta, pero no entra él. Es Louis el que exhibe su incertidumbre. Es su extraña mezcla de seguridad y timidez. Se mira en el espejo al entrar, se arregla el pelo, está insatisfecho con su aspecto. Dice: “Soy un duque, el último de una raza antigua.” Es irritante, susceptible, dominante, difícil (estoy comparándolo con Percival). Pero a la vez es formidable, porque en sus ojos hay risas. Me ha visto. Aquí está.

—Ahí está Susan —dijo Louis—. No nos ve. No se ha vestido para la ocasión porque desprecia la futilidad de Londres. Por un momento se queda junto a las puertas batientes, mirando en torno a sí, como un ser deslumbrado por la luz de la lámpara. Ahora se mueve. Tiene los movimientos furtivos, pero seguros (incluso entre mesas y sillas), de un animal salvaje... Cuando nos ve (a Neville y a mí) adquiere su cara una certidumbre preocupante, como si ya tuviera lo que deseaba. Ser amado por Susan debe ser igual que te empalaran con el pico de un ave, igual que si te clavaran a la puerta de un granero. Y sin embargo, hay momentos en los que desearía ser atravesado por un pico, que me clavasen en la puerta del granero, de verdad, de una vez por todas.

»Ahora viene Rhoda, de ninguna parte; se ha deslizado mientras nadie miraba. Debe de haber seguido una ruta tortuosa, ocultándose detrás de un camarero, detrás de una columna ornamental, de forma que pudiera posponer la conmoción del reconocimiento, para estar segura, durante un momento más, de que podía seguir meciendo los pétalos en su cuenco. La despertamos. La torturamos. Nos teme, nos desprecia, y sin embargo se llega servilmente hasta nosotros, porque a pesar de toda nuestra crueldad siempre hay algún nombre, alguna cara, que derrama luminosidad, que ilumina sus calles, y le permite reponer sus sueños.

—Se abre la puerta, y vuelve a abrirse —dijo Neville—, aún así él no viene.

—Ahí está Jinny —dijo Susan—. Se queda en la puerta. Todo parece haberse detenido. Se para el camarero. Los comensales de la mesa junto a la puerta se quedan mirando. Parece el centro de todo, irradian, alrededor de ella, las mesas, la perspectiva de las puertas, ventanas y techos, semejantes a los radios de estrella en el centro de un cristal roto. Hace que las cosas se encaminen hacia un punto, hacia el orden. Ya nos ve, se mueve, y vibran todos los rayos, y se mueven con delicadeza, y oscilan por encima de nuestras cabezas, trayendo nuevas olas de sensación. Cambiamos. Louis se arregla la corbata. Neville, sentado mientras espera con intensidad agónica, coloca nerviosamente los tenedores enfrente de él. Rhoda la mira con sorpresa, como si un horizonte lejano ardiera en fuego. Y yo, aunque lleno mi mente con hierba húmeda, con campos mojados, con el sonido de la lluvia sobre el tejado y el de las ráfagas de viento que baten la casa en invierno, para proteger mi alma de ella, siento que me rodea su risa en secreto, siento como su risa eriza lenguas de fuego a mi alrededor, e ilumina implacablemente mi ajado vestido, mis uñas cuadradas, que escondo bajo el mantel.

—No ha venido —dijo Neville—. Se abre la puerta y no viene. Llega Bernard...Pero sin Percival no hay solidez. Somos siluetas, fantasmas huecos, desarraigados, que se mueven entre tinieblas.

—Ahora, —dijo Neville— florece mi árbol. Se levanta mi corazón. Toda opresión desaparece. Todo impedimento es removido. El reino del caos ha terminado.

—Ya está aquí Percival —dijo Jinny—. No se ha arreglado.

—Ya está aquí Percival —dijo Bernard—, colocándose el pelo, no por vanidad (no se mira al espejo), sino para propiciar al dios del decoro. Es convencional, es un héroe...Ahora, cuando está a punto de abandonarnos, de marcharse a India, todas estas fruslerías se agolpan. Es un héroe. Ah, sí, eso no puede negar; y cuando se siente junto a Susan, a quien ama, la ocasión será coronada.

—Y ahora salgamos de la oscuridad de la soledad —dijo Louis.

—Digamos ahora, brutal y directamente, lo que está en nuestras mentes —dijo Neville—. Nuestro aislamiento, nuestra preparación, ha concluido. Días fur-

tivos de secreto y ocultación, revelaciones en las escaleras, momentos de terror y éxtasis.

Una flor, a la que cada ojo trae su propia contribución

—En la huerta, el chico de las botas acosaba a la doncella —dijo Susan—, entre la colada inflada al viento.

—La respiración del viento era como el jadeo de un tigre —dijo Rhoda.

—Bailaba la hoja en el seto sin que nadie la moviera —dijo Jinny.

—De estos tupidos ovillos extraemos ahora todos los filamentos —dijo Louis— recordando cuando nos conocimos.

—Sonaban con puntualidad los timbres —dijo Susan—, las chicas del servicio reñían y se reían. Había un arrastrar, de acá para allá, de sillas sobre el linóleo. Pero desde una buhardilla se veía una vista azul, una vista lejana de un campo sin las manchas de corrupción de aquella existencia irreal, reglamentada.

—Caían los velos ante nuestras cabezas —dijo Rhoda—. Nos agarrábamos a las flores que tenían aquellas hojas verdes que crujían en las guirnaldas.

—Cambiamos, nos volvimos irreconocibles —dijo Louis—. Expuestos a todas aquellas luces diferentes, lo que había en nosotros (porque somos todos tan diferentes) venía de manera intermitente, en fragmentos violentos, espaciados entre vacíos en blanco, hacia la superficie, igual que si un ácido se hubiese derramado por la lámina de forma irregular. Yo era esto; Neville, aquello; Rhoda, lo de más allá; y Bernard, otra cosa.

—Saltó el tigre, y la golondrina hundió las alas en estanques oscuros al otro lado del mundo —dijo Rhoda.

—Pero estamos juntos aquí y ahora —dijo Bernard—. Hemos venido a reunirnos, en este momento dado, en este sitio concreto. Nos trae a esta comunión una emoción común, profunda. ¿La llamaríamos de forma adecuada “amor”? ¿diríamos que es “amor a Percival”, porque se marcha a la India?

»No, esa es una palabra demasiado pequeña, demasiado concreta. No podemos vincular la amplitud y extensión de nuestros sentimientos a una señal tan pequeña. Nos hemos reunido (del norte, del sur, desde la granja de Susan, de la oficina comercial de Louis) para hacer una cosa que no durará —¿acaso algo perdura? —, pero vista por muchos ojos simultáneamente. Hay un clavel rojo en aquel florero. Una sola flor mientras estábamos aquí sentados aguardando, pero ahora es una flor con siete lados, muchos pétalos, roja, castaño rojizo, con sombras moradas, rígida como las hojas teñidas de plata, toda una flor a la que cada ojo trae su propia contribución.

Soy igual a la espuma

—No estamos de acuerdo, quizá de manera demasiado profunda —dijo Louis—, como para poder dar una explicación. Pero intentémoslo. Yo me arreglé el pelo al entrar, con la esperanza de parecerme a vosotros. Pero no puedo, porque no soy uno y entero como vosotros. Ya he vivido un millar de vidas. Todos los días desentierro, excavo. Encuentro en la arena reliquias de mí mismo que hicieron las mujeres hace miles de años, cuando oía canciones junto al Nilo, y pateaba la bestia encadenada. Lo que veis junto a vosotros, este hombre, este Louis, no es sino el rescoldo y residuo de algo que fue espléndido. Fui un príncipe árabe, observad la libertad de mis gestos. Fui un gran poeta en los tiempos de la reina Isabel. Un duque en la corte de Luis XIV. Soy muy vanidoso, muy confiado, tengo un deseo intenso de que las mujeres suspiren en simpatía. No he almorzado hoy...para que Jinny pueda aplicarme el maravilloso bálsamo de su simpatía.

—Pero nunca me odiaréis —dijo Jinny—, nunca dejaréis, ni en una habitación llena de sillones dorados y de embajadores, de acercaros a solicitar mi simpatía. Cuando entré, se detuvo todo, y se integró en un patrón. Se detuvieron los camareros, los comensales se quedaron con los tenedores levantados. Tenía el aspecto de estar preparada para lo que pudiera ocurrir. Cuando me senté, os arreglásteis la corbata, escondísteis las manos debajo de la mesa. Pero yo no oculto nada. Estoy preparada. Cada vez que se abre la puerta, grito: “¡Más!” Mi imaginación es la de los cuerpos. No podría imaginar nada más allá del círculo que proyecta mi cuerpo. Camina ante mí mi cuerpo, semejante a una linterna por una calleja oscura, trayendo una cosa tras otra de la oscuridad a la luz. Os deslumbro, os hago creer que esto es todo.

—Pero cuando apareces en la puerta —dijo Neville—, infliges quietud, exiges atención, y es ese un obstáculo inmenso para la libertad de comunicación. Te quedas en la puerta obligándonos a admirarte. Sin embargo, ninguno me vio llegar. Llegué antes, vine rápida y directamente a sentarme aquí junto a quien amo. Mi vida tiene una rapidez de la que carecen las vuestras. Soy como un sabueso detrás de un olor. Cazo del amanecer al anochecer. Nada, ni perseguir la perfección por las arenas, ni la fama, ni el dinero, significan nada para mí. Tendré riquezas, tendré fama. Pero jamás tendré lo que quiero, porque carezco de gracia física y del valor que la acompaña. Fracaso antes de llegar al final, y me derrumbo, húmedo, quizá repugnante. Suscito compasión en las crisis de vida, no amor. Por lo tanto sufro lo indecible.

—Si creyera —dijo Rhoda— que voy a envejecer persiguiendo deseos en medio de los cambios, me desembarazaría del miedo, nada permanece. Un

momento no conduce a otro. Se abre la puerta, el tigre salta. No me vísteis llegar. Daba vueltas entre las sillas para evitar el horror del salto. Os temo. Temo el golpe de la sensación que me asalta, porque no puedo manejarla igual que vosotros, no logro que un momento se funda en el siguiente. Para mí son violentos todos, están separados todos; y si me derrumbase, conmocionada por el golpe del asalto del momento, caeríais sobre mí y me haríais trizas. Carezco de propósito. No sé como emparejar minuto con minuto y hora con hora, ni se desenredarlos mediante alguna fuerza natural hasta que constituyan el todo entero e indivisible al que llamáis vida. Porque vosotros tenéis un propósito —¿se trata de una persona junto a la que sentarse, de una idea, de la belleza?, no lo sé—, pasan vuestros días y horas como las ramas de los árboles del bosque, y como el suave verde de los senderos del bosque pasa para un sabueso que sigue una pista. Pero no hay sólo olor, no hay un cuerpo único para que yo lo siga. Y no tengo cara. Soy igual a la espuma que discurre por la playa o a la luz de la luna que cae semejante a una flecha...

Percepciones ampliadas

—Cuando entré en la habitación esta noche —dijo Susan—, me detuve, examiné todo igual que un animal con los ojos cerca del suelo. Me desagrada el olor de alfombras, muebles y perfumes. Me gusta pasear sola por los campos húmedos, o pararme ante una tapia, y mirar cómo mi nariz da vueltas olfateando, y preguntar: ¿dónde está la liebre? Me gusta la compañía de quienes trenzan hierbas, y escupen en el fuego, y arrastran los pies en zapatillas por los largos pasillos, igual que mi padre. Las únicas palabras que entiendo son los gritos de amor, odio, ira y dolor... Cuando estáis en silencio, sois bellos de nuevo. Nunca poseeré nada sino una felicidad natural. Casi me hará sentirme contenta. Me meteré en la cama cansada. Yaceré semejante a un campo que da cosechas en rotación: en vano el calor bailará sobre mí; en invierno, el frío me hará grietas. Pero el calor y el frío me seguirán el uno al otro de manera natural sin importarles que yo quiera o no. Mis hijos serán la continuidad: cuando echen los dientes, cuando lloren, cuando vayan y vuelvan de la escuela; será igual que sentir las olas del mar debajo de mí. No habrá días sin su movimiento.

—Si hubiera nacido —dijo Bernard—, sin saber que a una palabra sigue otra, habría podido ser, quién sabe, cualquier cosa. Pero, de hecho, hallando casualidades por doquier, no puedo soportar el peso de la soledad. Cuando no veo palabras que se retuercen hasta formar anillos de humo en torno a mí, estoy en la oscuridad, no soy nada... Cuando se queda solo, Louis ve con asombrosa intensidad, y escribirá unas palabras que quizá nos sobrevivan a todos nosotros.

A Rhoda le encanta estar sola. Nos teme porque ponemos en peligro ese sentido del ser que se hace extremo en la soledad, mira cómo coge el tenedor, su arma contra nosotros. Pero yo sólo existo cuando el fontanero o el tratante de caballos o quienquiera que sea dice algo que me hace arder...Yo me hago y me vuelvo hacer continuamente. Cada persona extrae de mí diferentes palabras.

—Mirad —dijo Rhoda—, escuchad. Mirad cómo se hace más intensa la luz, segundo a segundo, y todo florece y madura por todas partes: y nuestros ojos, mientras vagan por esta habitación llena de mesas, parecen empujar cortinas de colores: rojo, naranja, ocre, y tintas raras y ambigüas, que se ofrecen semejantes a velos, y se cierran tras ellos, y cada cosa se funde en la siguiente.

Sí —dijo Jinny—, nuestras percepciones se han ampliado. Las membranas y los tejidos de nervios que yacían blancos y blandos se han hecho tupidos y se extienden y flotan en torno a nosotros igual que filamentos, hacen tangible el aire y recogen sonidos lejanos que no se habían oído antes.

—Nos rodea —dijo Louis—, el rugido de Londres. Pasan y vuelven a pasar incesantemente automóviles, furgonetas, autobuses. Se funden todos en una gran rueda que gira con un solo sonido. Todos los sonidos individuales —ruedas, campanas, gritos de borrachos, de juerguistas— se funden en un solo sonido, azul como el acero, circular. Luego suena la sirena de un barco. Al oírla se separa la costa, las chimeneas se hacen pequeñas, el barco se dirige a mar abierto.

Somos creadores

—Se marcha Percival —dijo Neville—. Aquí estamos sentados, rodeados, iluminados, multicoloridos; todas las cosas, manos, cortinas, cuchillos y tenedores, los otros comensales, se funden entre sí. Estamos entre estas paredes. Pero la India está en el exterior.

(—Mira, Rhoda —dijo Louis—, se han vuelto nocturnos, absortos. Tienen ojos iguales a alas de mariposa nocturnas que se mueven tan aprisa que ni tan siquiera parece que se muevan.

—Suenan —dijo Rhoda—, cuernos y trompetas. Se abren las hojas; en la espesura, los ciervos hacen un sonido como de trompeta. Hay baile y ruido de tambores, como los bailes y el ruido de tambores de hombres desnudos y con azagayas.

—Se elevan las llamas de la fiesta —dijo Rhoda—, pasa la gran procesión, arrojando ramos verdes y ramas en flor...Pasa la procesión. Y mientras pasa, Louis, somos conscientes de la caída, predijimos la decadencia. Se inclina la sombra. Nosotros, que somos conspiradores, nos inclinamos en torno a una fría urna, notamos cómo disminuye la llama morada.)

Pero ahora se rompe el círculo. Ahora la corriente fluye. Ahora nos apresuramos con más rapidez que antes. Ahora las pasiones que yacían a la espera, ahí, entre la hierba oscura que crece al fondo, se elevan y nos golpean con sus olas.

—Mantengámoslo un momento —dijo Jinny—; amor, odio, como queráis llamarlo, este globo cuyas paredes están hechas de Percival, juventud y belleza, y algo tan profundamente hundido en nosotros que quizá nunca volvamos a obtener de ningún hombre un momento así.

Hemos probado, sentados comiendo, sentados hablando, que podemos incrementar el tesoro de nuestros momentos. No somos esclavos obligados a sufrir sin cesar injustificados golpes mezquinos sobre nuestras espaldas dobladas. No somos corderos que siguen a un amo. Somos creadores. También nosotros hemos hecho algo que se unirá con las congregaciones innumerables del pasado.

—Ahora comienza la agonía, ahora me ha cogido el horror en sus colmillos —dijo Neville—. Ya llega el taxi, ahora se va Percival.

Nuestros amigos, qué poco los visitamos, qué poco los conocemos, es cierto; y sin embargo, cuando conozco a alguien e intento separar, aquí en esta mesa, lo que llamo “mi vida”, no es sobre una vida lo que miro retrospectivamente, no soy una persona, soy muchas personas, en verdad, no sé quien soy: Jinny, Susan, Neville, Rhoda, o Louis; ni sé como distinguir mi vida de la de ellos.

Las olas se rompían sobre la playa.